

ABRIL. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA

POR JOSE ALSINA

UNO de los modelos más altos de mérito y civismo que cabe presentar es, sin duda, el de D. Manuel José Quintana, gran español nacido en la corte el 11 de Abril de 1772. Tanto es así que, cuando en 1855, próximo a cumplir los ochenta y tres años—con pretexto de las nuevas representaciones del *Pelayo* en el teatro de Variedades, pues sus conceptos libertadores lograron un éxito más feliz, si cabe, que el alcanzado medio siglo antes por la obra sobre el escenario de los Caños del Peral—, las manos de la Reina doña Isabel II pusieron sobre sus venerables sienes la corona de oro de la Poesía ante las Cortes, reunidas en el Palacio del Senado, Quintana pudo sentir positivamente coronada su existencia, ya que, no sólo parecía consagrarse como poeta, sino como patriota y como liberal. Y es que la tragedia en cuestión se hubiera bastado por sí sola para dar la razón a D. Manuel Cañete cuando más tarde, y al frente de la edición de las *Obras inéditas* de Quintana, sostenía que “el amor de la Libertad y de la Patria son los dos polos sobre que gira siempre la inspiración de nuestro poeta”.

Como en Jovellanos—cuya influencia recibió directamente asociada a la de Cienfuegos, a la de Estala y a la de Meléndez—, nos maravillará constantemente el proteísmo de Quintana. De ahí que pueda admirarse también juntamente cual hombre de letras y cual ciudadano atento al estudio de las realidades y seriamente interesado en el desarrollo y progreso de su país.

El patriota, además, obtendría el título de Plutarco español con sus *Vidas de españoles célebres*, sin contar su trabajo acerca de Cervantes y la *Noticia histórica y literaria de Meléndez*. Y es que tampoco es posible olvidar al crítico de la *Colección de poesías selectas desde Juan de Mena* ni al narrador de *Las cartas a lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, cartas que, como es natural, se publicaron mucho después de ser escritas.

La educación clásica del autor de *Las reglas del drama* echó, por otra parte, tales raíces en él, que pudo contemporar serenamente la explosión del romanticismo, sin ser tocado por él. Lo que hizo fué callar, porque, según señala Menéndez y Pelayo, —después de advertir que nunca hubo en él, al contrario que en Cienfuegos, gérmenes de poesía romántica—, cabe afirmar que su obra terminó en 1830. En cuanto a sus ideas y carácter, fueron tan firmes como su estética, lo mismo en los seis años de encierro en la fortaleza de Pamplona, duran-

te los cuales Fernando VII le tuvo poco menos que incomunicado y con prohibición absoluta de escribir, que cuando los halagos de la fortuna, o mejor, los imperativos de la justicia le rodearon de honores y respetos. Su fe en España era consubstancial y profunda. En lo que respecta a la Libertad, creíala tan ligada a la condición humana, que ni siquiera osaba definirla...

Este gran español vivió y murió pobre, corriendo la triste suerte de los escritores en España. Uno de sus sobrinos refiere que en el momento de su muerte—ocurrida en 1857, y que determinó, como era lógico, un verdadero duelo nacional—hubo que malvender la valiosa biblioteca para pagar numerosas deudas, entre las que estaban los cincuenta duros del traje de etiqueta que tuvo que mandarse hacer para el acto de su coronación. La estrechez, sin embargo, era llevada con alegría y decoro. En su casa, libre de todo lujo, sin estrado, simplemente con el clásico brasero, las sillas de paja y la humilde estera, solían formar con el agradable tertulia ilustres y antiguos amigos, como los generales Sancho, Labastida, D. Agustín Rodríguez, D. Martín de los Heros, D. Juan Nicasio Gallego, D. Alberto Lista y D. Agustín Duran, entre otros. La clase de hombres que se reunían y la calidad de su afecto se perciben claramente, sabiendo que una vez cierta discusión política entre un general y Quintana hubo de adquirir tamaña vehemencia y agriarse en términos tales, que el poeta llegó a decir que retiraba la amistad a su contrincante. Porque el general palideció al oírlo, y, en medio del doloroso silencio de los circunstantes, avanzó hacia Quintana con los brazos abiertos, mientras exclamaba emocionado:

—¡Eso no, D. Manuel, eso nunca; una amistad de sesenta años no se rompe más que con la muerte!

En la tumba del desaparecido cementerio de la Patriarcal, donde se le dedicó un modesto monumento, descansaron sus restos hasta hace pocos años. Y aunque, a principios de este siglo el abandono de la vieja necrópolis permitiera todas las injurias y rapiñas de los merodeadores, hasta el punto de ser arrancados una noche del sepulcro de Quintana el busto y el epitafio, los malhechores no alteraban ya la suprema paz del autor de la imploración *Al sueño*. Reposaba definitivamente, sin pesadumbres, libre al cabo de aquellas penas que le hicieran exclamar un día en el notable verso:

¡Quien de ellas libre al despertar se viera!

José Alsina.